



## Reseña del libro DIKÖTTER, Frank, *Dictadores. El culto a la personalidad en el siglo XX*

Adrián Magaldi Fernández

Universidad Complutense de Madrid, España

[adrian@magaldi.es](mailto:adrian@magaldi.es)

<https://orcid.org/0000-0002-3241-8802>

Cómo citar esta reseña: Magaldi Fernández, Adrián (2025). Reseña del libro Dikötter, Frank, *Dictadores. El culto a la personalidad en el siglo XX*. *Pasado y Memoria* (30), 268-271, <https://doi.org/10.14198/pasado.28187>

Ficha bibliográfica: Frank, Dikötter, *Dictadores. El culto a la personalidad en el siglo XX*. Madrid, Acanalado, 2023, 384 pp., ISBN: 978-84-19036-74-2

Palabras clave: Siglo XX; Dictaduras; Liderazgo.

En los últimos tiempos, ha existido un creciente interés historiográfico por las obras que, a través de perfiles biográficos, tratan de dar respuesta a un determinado interrogante histórico. Ese es también el caso de la última obra del historiador holandés Frank Dikötter, *Dictadores. El culto a la personalidad en el siglo XX*, publicada en castellano por la editorial Acanalado. Aunque en nuestro país es principalmente conocido por sus estudios sobre la China maoísta –con libros como *La tragedia de la liberación* o *La gran hambruna en la China de Mao*–, en este caso Dikötter aborda la evolución del siglo XX a través de un problema clave de aquella centuria: el auge de las dictaduras y las bases en que se sustentó el poder de los dictadores, situando el culto a la personalidad como eje vertebral de dichos sistemas. Para el autor, ha sido frecuente que dicho

El autor declara que no hay conflicto de intereses.

©2025 Adrián Magaldi Fernández



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

culto a la personalidad haya sido banalizado o relegado al percibirse como una «aberración» más de los regímenes dictatoriales. Sin embargo, Dikötter lo sitúa como un elemento central que no sólo buscaría la mera glorificación del líder, sino la anulación de toda oposición y de la propia individualidad en torno a la aceptación de su persona y poder por toda la población. De esta manera, «el dictador los obligaba a aclamarlo en presencia de los demás, y así todos ellos se veían forzados a mentir. Si todo el mundo mentía, nadie sabía quién estaba mintiendo y se volvía más difícil hallar cómplices y organizar un golpe». Según describe la obra, esta religiosidad secular tenía un objetivo que «ni era convencer, ni persuadir, sino sembrar la confusión, destruir el sentido común, forzar a obedecer, aislar a los individuos y aplastar su dignidad. Las personas se veían obligadas a autocensurarse y, a su vez, vigilaban a otros y denunciaban a quienes no parecieran lo suficientemente sinceros en sus manifestaciones de devoción para con el líder». El culto a la personalidad se convertiría así en la medula espinal del poder personalista de los dictadores del siglo XX, algo que Dikötter pretende demostrar a través del retrato biográfico de los ocho dictadores abordados en el libro: Benito Mussolini en Italia, Adolf Hitler en Alemania, Iósif Stalin en la Unión Soviética, Mao Zedong en China, Kim Il-Sung en Corea del Norte, François Duvalier en Haití, Nicolae Ceaușescu en Rumanía y Mengistu Haile Mariam en Etiopía. Todos ellos son abordados con una cuidada prosa y un rigor que combina la base bibliográfica con una intensa utilización de material archivístico. Se nos permite así conocer la vida y los mecanismos de poder de estos ocho hombres, aunque se lamenta una justificación convincente sobre las razones para que, de entre los numerosos líderes autoritarios y totalitarios, sean estos los seleccionados para alcanzar su conclusión, pues no parece existir ninguna razón historiográfica. Si en los casos de Mussolini, Hitler, Stalin o Mao puede parecer más lógica su presencia dada su relevancia a escala global, en los de Kim Il-Sung, Duvalier, Ceaușescu y Mengistu no se nos presenta argumento alguno, pareciendo responder más al interés del propio autor que a un determinado interrogante, por mucho que para el lector occidental resulten los perfiles más interesantes y sugestivos por su novedad.

Según defiende Dikötter a través de los diferentes casos tratados, todo culto a la personalidad se sostuvo, ante todo, en una maquinaria destinada de forma específica a propagar las grandezas y glorias de unos líderes asimilados con su propio país, pues como diría Rudolf Hess, «Hitler es Alemania igual que Alemania es Hitler». En algunos casos, fue posible gracias a la creación de un aparato político destinado a dicha labor, como el MinCulPop italiano, el Ministerio de Propaganda alemán o el Agitprop rumano. Más difusos o

complejos se describen casos como el soviético, pues, aunque el secretario personal de Stalin, Lev Mejlis, pronto empezó a supervisar la imagen pública del dictador, desde 1934 –tras el Congreso de los Vencedores– el propio Stalin gestionó aspectos de la maquinaria de propaganda estatal. En esa labor propagandística, todos los casos retratados demuestran la importancia que se concedió a la publicación de biografías oficiales de tono hagiográfico destinadas a ensalzar al líder. Mientras en China se presentó a Mao como el gran héroe revolucionario y el maestro del marxismo-leninismo, en Corea del Norte se retrató a Kim Il-Sung como un guerrillero de poderes sobrenaturales que «volaba por los aires y atravesaba montañas». Se trataron estos de unos falsos relatos de obligada lectura para toda la población, incluidos los más pequeños, pues en algunos casos surgieron biografías destinadas al público infantil, como «La historia de Adolf Hitler contada a los niños alemanes» de Annemarie Stiehler. Tan importante parecía ser que la población conociera –y asumiera– el relato oficial de la vida del dictador, como que tuviera presente su imagen, por lo que otro de los elementos compartidos que se nos presenta en los diferentes casos es la importancia de los fotografías oficiales, desde el célebre Heinrich Hoffmann de Hitler a la menos conocida Hoy Bo de Mao. En cualquiera de los casos, una imagen del dictador que pretendería extenderse desde el espacio público hasta el ámbito privado. Incluso se nos explica cómo Ceaușescu reguló que su fotografía apareciera en la primera página de todos los libros de texto escolares. Esa omnipresencia en la vida pública queda igualmente reflejada para el autor en los constantes monumentos en honor del líder, bien fueran las estatuas de Mao, Stalin y Kim Il-Sung, o elementos más curiosos, como la esfinge de Mussolini en la colina de Gola del Furlo en la Italia central. Se trataba así de una presencia constante en el espacio público mediante monumentos honoríficos, aunque también fueron habituales la simbiosis del dictador con el callejero –«hasta el pueblo más pequeño tenía su obligada calle de Adolf Hitler»– o con la toponimia nacional –en la Unión Soviética aparecieron ciudades como Stalingrado, Stalinsk, Stalinabad, Stalino o Stalinagorsk–. Si a través de estos factores se habrían fomentado los honores y pleitesías al dictador, Dikötter señala que, en los mecanismos de culto a la personalidad, tan importante fue tener presente al líder como al pensamiento que este había teorizado para el futuro del país. Si el *Mein Kampf* de Hitler se volvió una presencia obligada de toda biblioteca alemana, Duvalier consiguió renovar un movimiento vudú que le permitió ser reconocido como un *houngan* asemejado al barón samedi, espíritu de los muertos y guardián de los cementerios. No obstante, donde mayor peso pareció tener la veneración al proyecto teórico del dictador habría sido en los regímenes comunistas, donde Stalin, Kim o Mengitsu trataron de

mostrarse como los más perfectos continuadores del legado de Marx y Lenin. Para el autor, esto alcanzó sus máximos niveles en China, caso que precisamente mejor conoce dados sus habituales intereses académicos. Así, el Libro Rojo de Mao se convirtió en una obligada lectura que, además, inundaba el espacio público a través de los megáfonos de unos guardias rojos dedicados a su difusión.

En definitiva, a través de su obra, Dikötter pone en valor la forma en la que el culto a la personalidad se convirtió en la pieza central de los regímenes dictatoriales del siglo XX, trascendiendo lo puramente ceremonial y honorífico para configurarse como el elemento sustentador de los miedos y lealtades a un dictador omnipresente. Dicho análisis supone la principal aportación de su estudio, lamentándose en cambio que este quede un tanto difuminado a través de los diferentes retratos biográficos, concatenados uno tras otro sin que la auténtica tesis del libro se convierta en ese hilo conductor que otorgue la suficiente coherencia narrativa. Pese a todo, supone una conclusión de valor que cobra valor en las últimas páginas de la obra, con su proyección hacia los temores de la actualidad por al auge de los extremismos en un contexto de retrocesos democráticos y crecientes liderazgos personalistas. Frente a todos los miedos, Dikötter señala, con optimismo, cómo precisamente ese culto a la personalidad que sustenta a las dictaduras –u otros regímenes híbridos recientes– acaba por convertirse en la base de su fracaso. Tal y como cierra el autor, «los dictadores que se rodean de un culto a la personalidad tienden a encerrarse en un mundo aparte. Sus seguidores lo reafirman en sus delirios. Acaban por hacerse cargo de todas las decisiones relevantes. Ven enemigos por todas partes, tanto en su propio país como en el extranjero. A medida que la soberbia y la paranoia se va adueñando de ellos, tratan de ampliar su poder para proteger el que ya detentan. Pero al hacer tantas las cosas que dependen de sus decisiones, hasta un pequeño error de cálculo puede hacer que el régimen se tambalee con desastrosas consecuencias. Al fin y al cabo, la mayor amenaza a la que se enfrentan los dictadores no proviene del pueblo, sino de ellos mismos».